

El precio de la gloria

Por Dolores del Río
Victor McLaglen
y Edmundo Lowe



59

BIBLIOTECA PERLA
PUBLICACION QUINCENAL

60
cts

WALSH, Raoul



EL PRECIO DE LA GLORIA
(WHAT PRICE GLORY?, 1926)

BIBLIOTECA PERLA

El Precio de la Gloria

SUPERPRODUCCION TITAN

por

VICTOR MCLAGLEN, DOLORES DEL RIO
Y
EDMUNDO LOWE

ADAPTACIÓN LITERARIA DE
JOAQUIN ARQUES

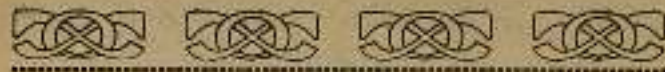


EXCLUSIVA

HISPANO FOXFILM, S. A. E.

CALLE VALENCIA, 280 - BARCELONA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN : PARÍS, 204. - BARCELONA



EL PRECIO DE LA GLORIA

CAPÍTULO PRIMERO

Desde que el destino llevó a Pekín a dos hombres, sin duda para someterlos a durísimas pruebas de fortaleza y valor, no cesaron entre ellos, primero las chacotas punzantes y después las desavenencias en todo lo que no estuviera relacionado con el servicio militar.

Ambos eran sargentos de Infantería de Marina y en la capital de China prestaban sus servicios custodiando la legación de los Estados Unidos.

Claro, aquellos soldados profesionales se aburrían después de haber saciado el apetito de la curiosidad,

observando las pintorescas costumbres de las gentes con quienes tenían que convivir.

Y como se aburrían, procuraban sacar de la situación el mejor partido posible, pegando hasta con ellos mismos.

El sargento Quirt, uno de estos hombres, era un arrojado veterano de la Armada, de carácter alegre y decidido y casi insustituible en el cargo que desempeñaba en la compañía. Flag, su compañero, era lo que se llama un aventurero de la fortuna y del amor, que amaba y combatía por pura diversión, demostrando así que no apreciaba su vida ni por la válida de un pífillo. Era más: no pensaba jamás en que una bala enemiga o un rival en amores pudieran acabar con él.

Un despreocupado y un valiente en una pieza.

Desde que la suerte les hizo compañeros de armas, cierta enemistad incomprensible surgió entre estos dos individuos.

Y daba la endiablada casualidad que siempre se enamoraban de la misma mujer, saliendo Flag unas veces triunfante y venciendo a Quirt en las más, pues éste poseía la ventaja de saber expresarse con más tino para conquistar al bello sexo.

En una palabra: Quirt sabía *adornarse*, conociendo a fondo la manera de ser de las mujeres; el otro llevaba sus amores por el poder de la fuerza de su sexo, al estilo de nuestros primeros hombres.



— *Vamos, huya por entre nosotros.*

Ya habían recibido la orden para salir de Pekín, y sólo les faltaban algunos días de estancia entre los chinos.

En el cuerpo de guardia se hallaban los dos sargentos con otros soldados, y claro, Quirt empezó

el ataque, como siempre, para que Flag le sirviera de blanco.

—Ahora veréis cómo hago rabiar a Flag—dijo a unos compañeros.

Y como entre sus especialidades tenía la de ser un diestro jugador de manos, sacó una baraja del bolsillo y manejándola con una sola mano, al estilo de los grandes profesores, se fué hacia el sargento y le dijo sin dejar de reír:

—Si aciertas la carta que va a salir, te ganas una cajetilla de cigarrillos.

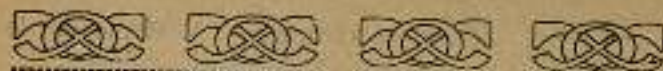
Flag, a quien en aquel momento le estaban terminando un complicado tatuaje en el brazo, dijo al tuntún la carta que se le figuró y, como es natural, no dió en el clavo.

—Nunca acierto—continuó el compañero de Quirt, riendo a su vez—. Ya se sabe: los afortunados en amores no lo somos en el juego.

—Sí, pero es que ahora no estamos entre faldas—contestó Quirt amoscado.

—¿Y qué me quieres decir con eso, cabezota?

Al decir esto se puso en pie y gracias a que mediaron algunos amigos, no siguió adelante lo que prometía acabar de mala manera.



CAPÍTULO SEGUNDO

El disgusto más serio entre los dos sargentos fué el que surgió precisamente la víspera de embarcar hacia Filipinas.

La causa del disgusto, una mujer. Mabel, una viajera que a última hora había topado de manos a boca con Flag, no sabemos si por casualidad o enterada de que aquel día había cobrado sus haberes y se gastaba el dinero sin tasa.

Sea lo que fuere, es el caso que el sargento conquistador la acompañó a su casa y una vez allí, como preliminar de la despedida descorcharon unas botellas.

—Brindemos por la Infantería de Marina—dijo Mabel alegremente.

—¡Isot!—añadió el sargento—. Y al que no le gusta, que se fastidie.

Mabel se asomó entonces a la ventana que daba a la calle y se quedó embobada mirando la esbelta figura de Quirt, que pasaba casualmente por allí.

También hizo muy buen efecto en el soldado la linda coqueta, y ésta, para atraer al sargento, dejó caer el abanico que tenía en sus manos.

Ya sabemos que Quirt no tenía nada de tonto, y en el acto comprendió la intención de Mabel, por lo que se apresuró a recoger el objeto esperando la segunda indicación.

La joven se acercó a Flag y con fingido disgusto le manifestó que se le acababa de caer el abanico.

—Es un recuerdo—añadió—, y si fueras tan amable y tan rico que me lo subieras, te lo agradecería.

El noble soldado no esperó a que le repitiera el deseo, y bajó a la calle, mientras Quirt, viendo en su salida la segunda indicación, subió la escalerilla que le separaba del piso de Mabel.

—¡Caramba, qué bien me has comprendido, muchacho!—le dijo ella al verle.

—Esa es una de mis buenas condiciones—añadió el sargento.

—Pero te has adelantado un poco.

—Puede que tengas razón.

—Mira, lo mejor será que vuelvas dentro de cinco minutos. Deja que eche de aquí a ese pelmazo que estaba conmigo.

—No. A ése lo echaré yo, como en otras ocasiones.

—Es que no quiero escándalos.

—Ni yo quiero que se vanaglorie como conquistador.

A todo esto, como Flag no había encontrado el abanico, compró otro en seguida y se presentó en la habitación, quedándose plantado como un poste al ver al otro sargento mano a mano con Mabel.

—Supongo que habrás venido a tomarte una copa y largarte, ¿verdad?—le dijo Flag a su compañero, pasados los primeros momentos de confusión.

—No he venido a eso, sino a probarte que esta mujer me quiere más que a ti.

—Esa prueba tiene que ser ella quien la dé.

—¿Pero no tienes bastante viéndome aquí, ocupando tu puesto?

—Habrás entrado por sorpresa; pero yo haré que salgas aunque sea por la ventana.

—Tienes muy pocas tripas para eso.

—¡Las tripas tuyas me las voy a enredar en las manos!

—Vamos a verlo.

—¡Callarse, brutos!—gritó Mabel asustada ante el nuevo aspecto que tomaba el asunto—. No quiero oír esas barbaridades.

Pero los rivales, sin hacerle caso, se agarraban como fieras, golpeándose rudamente y destrozando cuanto encontraban a su lado. Mabel no tuvo más remedio que pedir auxilio, y gracias a esto no ocurrió



— A ti, a ti es a quien yo quiero.

una verdadera catástrofe, pues ni uno ni otro habrían quedado con vida.

* * *

En Filipinas siguió ocurriendo lo mismo que en todas partes con estos dos hombres especiales.

Va se habían calmado algo las pasiones durante el largo viaje, pero al saltar a tierra la casualidad siguió con ellos como si se hubiera empeñado en martirizarles.

Flag no tardó en *conquistar* a una joven del país, y como tenía dinero en abundancia se apresuró a alquilar un cochecito, dejando en él a la muchacha.

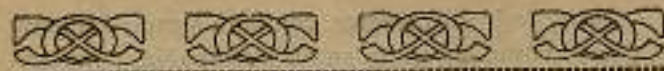
—Espérame aquí—le dijo—, voy a comprar la merienda y nos iremos al campo a pasar la tarde.

Y mientras el sargento entraba en un establecimiento, llegaba Quirt, piropeaba a la muchacha y se colocaba a su lado en el coche diciéndole al guía:

—Ya puedes estar arreando.

Antes, ya había mandado Flag un mozo con algunos paquetes, y cuando él salió a la calle vió con rabia y hasta oyó las burlas que el otro le lanzaba desde el carruaje al cual no pudo alcanzar por más que hizo.





CAPÍTULO TERCERO

En el año 1914 estalló la guerra entre franceses y alemanes, y el dinos de las batallas removi6 las entrañas de la tierra con imponente empuje.

Pueblos enteros fueron reducidos a enormes montones de escombros, donde quedaban muchas vidas e infinidad de esperanzas perdidas para siempre.

Entonces, en 1917, los Estados Unidos hicieron causa común con los aliados, y la infantería de Marina americana se vió envuelta en el mayor cataclismo que vieron los siglos; y aquí Flag, ascendido a capitán por méritos de guerra, se encontraba en su elemento al frente de los bravos muchachos en una aldea francesa.

Quirt, dado su carácter, continuó siendo sargento y, por lo tanto, sirviendo en otra compañía, para mayor tranquilidad del capitán.

Sin embargo, éste no le odiaba; reconocía sus inmejorables condiciones para el servicio y admiraba su valor como todos cuantos le conocían.

Quirt, por su parte, en el tiempo que estuvo como sargento a las órdenes del capitán Flag, lo respetó en lo referente a los asuntos de la milicia, pero ambos siguieron tratándose sin que hicieran caso de la diferencia de clases.

Pero volvamos al asunto, en la creencia de que nuestros lectores se hallan ya bien percatados de las condiciones y caracteres de estos dos héroes.

...

Repetimos que el capitán Flag se encontraba en una aldea francesa donde acababa de llegar con sus hombres, a los cuales procuró instalar lo mejor que pudo, quedándose él para el último con sus ordenanzas Kiper y Siprisky.

Los tres fueron hospedados en una modesta posada

que el mismo dueño les ofreció muy gustoso, porque se trataba del jefe de la fuerza.

—Muchachos—les dijo familiarmente el capitán a los soldados cuando los reunió una hora después, o sea cuando todos tenían su alojamiento—, hay que disponerse para avanzar, de modo que ántese bien los pantalones y dejen en paz a las francesas... Eso vendrá después, si es que el alto mando nos concede licencia para descansar.

Aquí sonó algo así como una trompeta de feria, que obligó a Flag a poner cara de vinagre, diciendo al propio tiempo:

—No sé quién es, pero hay uno en la compañía que me está haciendo la... trompeta desde que desembarcamos en Nueva York.

Dicho esto se fijó con insistencia en uno de sus ordenanzas y continuó:

Y creo que eres tú con esas narizotas, Siprisky.

—No, mi capitán—contestó el aludido—. No se puede *zumbar* de ese modo con una nariz como la mía.

—Está bien, Oye, Kiper—le dijo al otro ayudante—. Si logras saber quién es el que me está fastidiando, te ganas veinte *machacantes*.

No se habló más de este asunto y el teniente More, que había tomado la guerra con extremada seriedad, se puso a las órdenes del jefe, como siempre cuando hacían alto en alguna población.

La misión del oficial fué presentarle al pintoresco alcalde, el cual se apresuró a ofrecer su autoridad civil para todo cuanto hiciera falta.

—Estoy a su disposición— habló después la primera autoridad—. ¿Qué le parece? ¿Le dirijo ahora el discurso de bienvenida, o más tarde?

—Discursos ahora? Pero hombre, ¿está usted loco? Déjelo para después. Tanto los muchachos como yo no estamos más que para descansar, aunque crea que no será por mucho tiempo.

Y el alcalde se tragó el discurso, al mismo tiempo que se acercaba al ordenanza Kiper.

—¿Qué hay?—le preguntó el capitán.

—Aquí tiene usted a este hombre—dijo presentado a un sujeto mal encarado.

—¿Y quién es este hombre?

—Se llama Pete Gagnanc, y es el dueño de la posada en que nos hospedamos.

—¡Magnífico! ¡Gracias a Dios que me dicen algo agradable!

Ya los observaba Charmaine desde la puerta de la posada.

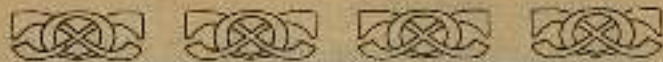
Charmaine era una linda joven de especial viveza y alegría, que al quedarse huérfana fué adoptada por el viejo Pete para ahorrarse una sirvienta.

Y era la moza de tan buen ver, que Kiper se que-

dó plantado con las pesadas maletas contemplando la peregrina belleza de la muchacha.

—¿Pero qué haces ahí, como un pasmado?—le gritó el capitán—. Pasa adentro con el equipaje.





CAPÍTULO CUARTO

La propia Charmaine fué la encargada de guiar al capitán hasta su cuarto.

—¡Demonio! — exclamó el jefe de la tropa —. ¡Hasta bordados en el cubrecama! ¡Oh, esto es magnífico!

—Aun es poco para un valiente como usted — manifestó la joven.

—¡Gracias, buena moza! Oye, ¿sabes que eres muy linda?

—Eso me dicen todos, pero yo no hago caso.

—¿Ni de mí tampoco?

—De usted ya es distinto.

—Pues mira, vas a empezar por hacerme un favor que te agradeceré.

—Puede usted mandar.

—Este cuarto está tan cerca de los harriles que me quedaría dormido con la boca abierta y atraparía una borrachera sin querer. ¿No tienes otra habitación arriba?

—Si señor, y tan limpia como ésta.

El huésped y la sirvienta subieron por la estrecha escalera hasta que llegaron a un cuartito adornado con cierta coquetería.

—Muy bien—habló el capitán entusiasmado ante la perspectiva que se le ofrecía—y la cama es de primera, mejor que la de abajo.

—Es la mía, capitán. La de Charmaine.

—¡Bravo, Charmaine! ¿Te resultaría mal un abrazo?

—Ahora no.

—¿Eso quiere decir que después...?

Charmaine fué a salir de la habitación y el capitán la detuvo.

—Oye, ¿por qué teniendo unas piernas tan bien formadas llevas esas medias caídas con tanto descuido?

—Toma, por la sencillísima razón de que no tengo ligas.

—¿Quieres que te compre unas?

—Quieres, se les dice a los muertos.

No esperó más el *inflamable* Flag y bajó de cuatro en cuatro los escalones, saliendo acto seguido de la



Muerte del Niño de la Mamá

posada sin fijarse en sus ordenanzas, los cuales bebían junto al mostrador servidos por Pete.

—Acabaréis por tomar la gran borrachera—les decía el tabernero.

—No. Me parece que ya la hemos tomado—le contestó uno de los soldados.

—Bueno, pues antes de que paváis la cabeza del todo, me parece que me debíais pagar el gasto.

—Es muy justo lo que usted pide.

Y el borrachín sacó un puñado de billetes que no eran otra cosa que unos tristes cupones de cigarrillos.

—Cada papelito es un dólar—dijo Kiper.

El tabernero los agarró en el acto y los sepultó en el cajón.

—Eh, amigo!—volvió a decir el ordenanza —. Vengan los dos francos que sobran.

Pete dió lo que le pedían, quedándose muy satisfecho con el *gran ingreso* que acababa de hacer.

—Y ahora nos vas a dar más vino. Toma otro billete y hasta donde llegue.

En este momento se presentó Charmaine y sentándose en una mesa cerca del mostrador quiso prevenir a Pete, pero éste sonrió orgulloso, saliendo del mostrador para que la muchacha ocupara su puesto.

—Mucho ojo, Charmaine—le dijo—, y no les des nada gratis, que a ti te engañarán con mucha facilidad.

—¡Hombre... vaya usted a tomar un baño!—contestó la joven en tono despreciativo.

Los que bebían en el mostrador vieron a la muchacha y se apresuraron a sentarse a la mesa como si fueran antiguos camaradas.

—Nos les serviré más vino—les dijo con entereza—. A mí no me gustan los borrachos.

—¿Es que lo estamos nosotros, prenda?

—Si no lo estáis os falta muy poco.

—Pues vamos a demostrarle lo contrario, dándole algunos consejos.

—Eso ya es otra cosa.

—¿Has tratado alguna vez con soldados?

—La primera es ésta.

Aquí entró el capitán en la posada, llevando un paquetito en las manos, y al observar a sus ordenanzas se detuvo antes de llegar a la mesa.

Uno de los muchachos, sin darse cuenta de la presencia de su jefe, continuó:

—Pues los soldados rasos son los mejores, pero no se deje engatunar por esos idiotas que llevan galones. Yo y Siprisky queremos ponerle sobre aviso.

Un puntapié descomunal hizo que el sabio de los consejos cayera de bruces sobre la mesa.

—¡A la orden, mi capitán!—dijo el otro ordenanza, cuadrándose.

—¡Firmes!—ordenó Flag.

Los dos muchachos obedecieron, pero tambaleándose como si estuvieran en un buque durante una espantosa tormenta.

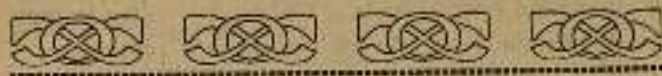
—Después nos veremos la caras—siguió el capitán—. ¡Media vuelta!

—Supongo que no habrá usted oído que yo les hacía caso a esos imbéciles—le dijo Charmaine al capitán.

—Por descontado; pero antes de que se me olvide, toma esto. Son las ligas que te prometí.

La joven saltó sobre el mostrador y con una rapidez extraordinaria se colocó los abigarrados lazos de seda, mientras agradecía con su acostumbrada jovialidad el obsequio del jefe de la tropa.





CAPÍTULO QUINTO

—¿Cuándo quiere usted almorzar?—le preguntó Charmaine a su galanteador, después de coquetear con él un buen rato.

—En seguida, pero antes desearía asearme un poco.

—Ya le hace falta una buena enjabonada. ¡Eal! Le acompañaré a mi lavabo, es el mejor... y el único de la casa.

No tenía la chiquilla ni un pelo de tonta, y, por lo mismo, comprendió el buen efecto que había causado en el militar. También sabía a ciencia cierta que aquel hombre era un brutazo, a pesar de su graduación y que como tal no podía esperar nada delicado en los amores que pudiera ofrecerle; pero esto

le importaba poco o nada a Charmaine, estando muy acostumbrada a pararle los pies al más pintado.

Esto quiere decir que no temía la rudeza del guerrero y que confiaba en ella misma para poder salir de cualquier situación comprometida.

Por eso le acompañó al lavabo como lo pudiera haber hecho un compañero, y hasta se dejó abrazar sin rubor, como también lo pudiera haber hecho una esposa. ¿Qué mal había en ello?

El único, y con esto no contaba la joven, era que Flag se iba enamorando poco a poco, y su carácter podía llevarle a ciertos extremos insospechados por la muchacha.

* * *

Pronto se fijó Charmaine en los tatuajes que adornaban los hercúleos brazos del capitán, y como viera entre los dieciséis dibujos bastantes nombres de mujeres, preguntó un tanto celosa:

—¿Se puede saber quiénes son estas señoras que adornan sus brazos?

—Ya lo creo que se puede saber. Son los nombres de algunos seres queridos. Tengo parientes en las cinco partes del mundo.

Algo iba a objetar la joven, pero en aquel mo-

mento se abrió de golpe la puerta de la habitación, apareciendo un soldado.

—¿Dónde está el jefe de la compañía?—preguntó.

—Yo soy—contestó Flag.

—Traigo este despacho para usted—y le entregó un pliego que el capitán se apresuró a leer.

"C. O. 79 a Cía. 60 Rgmto. Salga para el frente inmediatamente. Objetivo, Aldea de Boureschès."

El capitán firmó el recibo y continuó vistiéndose tan tranquilo como siempre.

—¿Buenas noticias?—le preguntó Charmaine cuando estuvieron solos.

—Malas, porque me tendré que alejar de tu lado, chiquilla. Por lo demás, lo mismo se me da estar aquí que en el frente.

—¿De modo que os mandan al frente?

—Sí, pero será cosa de pocos días.

—¿De modo que no le impone el horrible espectáculo de la guerra?

—No, te lo juro. Allí no pienso más que en mi deber y me olvido de todo.

—¿Hasta de sus amores?

—No hablemos de cosas tristes, si no quieres que me ponga mustio como lo está por el regular el teniente Moore. Miralo, allí está sentado y escribiendo su novela en el libro de apuntes. ¡Oh! Este muchacho acabará loco perdido.

Efectivamente, a pocos pasos de la puerta de la posada escribía el teniente en su libro de memorias:



El teniente Moore sufrió un ataque de locura.

"Hemos dejado el campo para refugiarnos en una aldea. También hemos recibido el bautismo de fuego. De los nuestros sólo quedan ochenta. Me persigue el horror de todo esto; la fetidez de los cadáveres, la sangre, el enloquecedor rugir de los cañones..."

Flag se fué aproximando, pero antes de ponerle la mano en un hombro se le acercó su ordenanza.

—¡Capitán!

—¿Qué hay?

El muchacho le entregó otro pliego, anunciándole que antes de salir para el frente tenía que presentarse en Bar-le-Duc. En el mismo parte le anunciaban la llegada de un sargento para cubrir baja.

—¡Al pelo! ¡De primera!—se dijo Flag—. Vaya unos días que me voy a chupar en Bar-le-Duc en cuanto se presente el nuevo sargento.

No había terminado de pronunciar la última palabra cuando empezaron a llegar camiones repletos de soldados.

Carne de cañón... Refuerzos de jóvenes sin preparación militar. Mozos de todas las clases sociales.

Todos fueron formándose en la pequeña plaza de la aldea, y cuando no quedó ni uno en los camiones se acercó el capitán para conocer en una ligera revista la clase de personal que se le enviaba.

De entre aquellos muchachos dos fueron los que más llamaron la atención de Flag. Uno casi sin pelo de barba, y otro joven también, pero con una gran satisfacción pintada en su semblante.

—A ver, tú. ¡Dos pasos al frente!—le dijo al primero.

El mozo salió de la fila y se cuadró delante del capitán.

—¿Cuál era tu oficio antes de ingresar en filas?

—Pintor.

—¿Tienes familia?

—Únicamente a mi madre... que se ha quedado sola... ella es mi único afán. ¡Pobre madre mía!

—Basta, chiquillo... Aquí no se llora. ¡A ver, tú!— le dijo al que parecía tan satisfecho—. ¡Dos pasos al frente!

—A la orden, mi capitán.

—¿Te gusta la guerra?

—Es un gran descanso para mí; palabra de honor.

—¿Un gran descanso?

—Soy casado, vivía con mi suegra... ¡Calcule usted lo descansado que voy a estar sin verla mientras dure este jaleo!

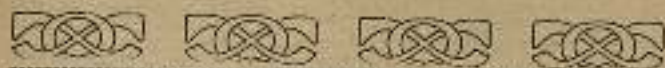
Flag soltó el trapo a reír y los que estaban cerca hicieron lo mismo.

Después, como era forzoso decir algo a los recién llegados, se dirigió a todos el capitán.

—Hay tres cosas que yo nunca hago y que no toleraré a mis planchados quintos de opereta—dijo a modo de discurso—. Meterse con las francesitas, emborracharse y luchar entre compañeros. ¡Rompan filas!

La rudeza del incommovible Flag vaciló ante el efecto que causaba ver a los pobres mozos que le enviaban para llevarlos al frente.

Y pensó para sus adentros: Debe haber algo maldito en el mundo que necesita empaparse cada treinta años con la sangre de muchachos como esos.



CAPÍTULO SEXTO

Más preocupado que de ordinario se hallaba el capitán Flag después de haber realizado Ideedjbet capitán Flag, después de haber recibido el nuevo refuerzo, y ya iba a retirarse a la posada cuando se le acercó muy triste y preocupado el mozo que había dejado a su madre en los Estados Unidos.

—¿Qué te ocurre ahora que vienes con esa cara de Dolorosa?—le preguntó el jefe.

—Capitán, he perdido la placa de identificación.

—¿Y qué quieres que yo haga? ¿Echarme a llorar? ¿A quién le puede importar eso?

—A mi madre le importa, capitán. Si me sucediera algo...

Y al decir esto se llenaron de lágrimas los ojos del muchacho.

—¡Y dale!—gritó Flag con impaciencia—. ¡Ya he dicho que aquí no hemos venido a llorar como mujerzuelas!

—Le juro, capitán, que no temo lo que me podrá ocurrir en la guerra. Ahora bien, lo que no puedo borrar de mi imaginación es el recuerdo de mi madre; y sufro porque ella sufre; estoy triste, porque ella lo está... ¡y lloro porque ella llora!

—Basta, niño de la mamá—dijo Flag enternecido—. Ven acá.

Dicho esto le entregó la placa que él tenía.

—Borra mi nombre—continuó—. Yo no tengo quién me llore... y si alguna vez olvido quien soy, lo miraré en la gorra.

—¡Gracias, capitán, gracias en nombre de mi pobre madre!—exclamó el mozo, yendo a incorporarse a los demás compañeros.

El capitán se volvió hacia Charmaine, que había presenciado la escena, y dijo así como tratando de desahogar su pecho:

—Ese pobre chaval necesita más a su madre de lo que esta guerra lo necesita a él.

—Capitán, no vaya usted ahora a perder el buen humor—le dijo la muchacha para tornarle a la realidad.

—No, eso nunca, y ahora menos, que tengo que largarme a Bar le Duc.

—¿Y cuándo va a ser eso?

—En el momento que llegue el sargento nuevo.

—¿Entonces me llevará usted?...

—Háblame de tú.

—Bueno, ¿me llevarás contigo?

—De ningún modo, prenda.

—¿Por qué?

—Ese pueblo está lleno de generalotes que se comen a las niñas crudas.

—Eso será a las que se dejan comer.

—No quiero exponerte.

—Si no me llevas, quédate con las ligas que me has dado.

—¡Capitán Flag!—interrumpió un ordenanza—. ¡El sargento Quirt!

Los antiguos rivales se contemplaron por espacio de algunos segundos, hasta que el jefe rompió el embarazoso silencio.

—Bien venido, muchacho.

Quirt no contestó y el capitán siguió hablando para que le oyeran los soldados que acompañaban al sargento.

—Tú has sido mi mala sombra desde hace muchos años, pero eres un excelente sargento mayor, y eso es lo que yo necesito en mi compañía.

—Gracias, capitán Flag—contestó Quirt—. Con la misma franqueza le digo que hubiera preferido que me cayera encima un nido de avispas.

—No está mal eso de las avispas—siguió Flag sin abandonar la sonrisa.

Después llamó a otros dos que estaban por allí cerca para hacer la presentación más explícita.

—Señores—les dijo—. Este es el sargento mayor Quirt, de quien tantas veces les he hablado.

Charmaine, atraída también por las palabras del capitán empezó a fijarse en el sargento, y éste, a su vez, atendió más al telegrafo de las miradas que al discurso del jefe, el cual continuó sin apercibirse de que ya tenía al rival en funciones.

—He militado con él alrededor del mundo y no hay sargento más hábil en mar o en tierra. Su principal defecto es ser demasiado listo.

—No tanto, capitán, no tanto—murmuró Quirt por decir algo.

—Así es, pero cuando se emborracha es el más sucio, más bribón y putrefacto animal con uniforme. Vamos, es peor que yo... y eso sí que no lo tolero.

Una carcajada general acogió las palabras del jefe, el cual viendo ya al sargento junto a su amiga, creyó oportuno aclarar más las condiciones del rival diciendo:

—Tengan cuidado, que es más escurridizo que una anguila. No le presten dinero ni jueguen con él. Conoce todas las suertes, menos la de atrapar un ascenso.

—Creo que es una dicha ser sargento teniendo un capitán así.

—Pues a demostrarlo. Anda a machacar esos quintos hasta que se les curta el cuero; y a ver si cuando vuelva de Bar de Duc están en disposición de pelear como es debido.

El capitán fué a dar algunas órdenes antes de partir, y Quirt, obsesionado ante la belleza de Charmaine, se le acercó decidido y le preguntó:

—¿Dónde vive usted?

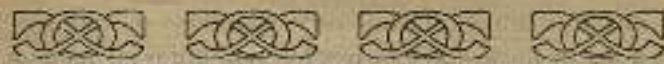
—Con mi padre adoptivo, el posadero Pete Coggan.

—¿Le gustaría que me hospedara en su casa?

—¿Por mucho tiempo?

—Por toda la vida, si pudiera ser.

Charmaine empezó a reír como una loca, y tomándolo del brazo con desenvoltura le acompañó a la posada.



CAPÍTULO SÉPTIMO

Entre el lodo, la sangre y el humo, el único rayo de sol que se filtraba por aquella atmósfera pestilente era el que llevaban las cartas del hogar.

El pintor, o mejor dicho, *el niño de la mamá*, como ya le llamaban los demás soldados, leía enternecido una carta de su madre, guareciéndose bajo un mal tinglado de la espesa lluvia que había empezado a caer.

Decía así la carta:

"Hijo de mi alma: ¡Qué alegría me ha causado el saber que estabas sano y salvo! Es muy natural que sientas nostalgia. Aquí te echamos mucho de menos y esperamos el momento dichoso de que vuelvas

a nuestros brazos. Debes estar orgulloso de que pones de tu parte todo lo posible por librar al mundo del yugo de la guerra."

Con esta carta de verdadero amor contrastaba notablemente la que leía otro soldado junto al pintor:

"Querido Héctor: No he recibido el dinero que debo percibir del Gobierno. Aquí estamos sin novedad. Ocupate del asunto del dinero que han de entregarme. Te mandamos muchos abrazos. No dejes de averiguar por qué retardaron la entrega del dinero.

"Tu esposa,

"Pensamiento,

"P. D.—No olvides lo del dinero."

* * *

Seguía lloviendo a mares y mientras los soldados se refugiaban donde podían, el sargento Quirt, agasajado por la moza de la posada, creyó muy cuerdo y muy prudente pasar en tan grata compañía el tiempo que durara el aguacero y el que después se pudiera tomar así como de propina.

Charmaine notó en seguida la diferencia que existía entre los modales de Quirt y los del capitán. Además, como estaba con éste algo molesta por no haberla querido llevar a Bar le Duc, empezó por ad-

mitir los galanteos del sargento y acabó por enamorarse de él.

Y lo mejor del caso es que Quirt también sentía por la muchacha una atracción como jamás la había experimentado.

¿Sería posible que aquel hombre se hubiera enamorado de veras?

¿Por qué no?

El mismo capitán Flag, a pesar de su rudeza, se mostraba tan interesado por Charmaine que aun estando en Bar le Duc, en pleno jolgorio y rodeado de mujeres, en un establecimiento donde se derrochaba la alegría y el dinero, no cesaba de pensar en la moza y deseaba por momentos volver a su lado.

Sin embargo, el capitán aprovechaba el tiempo liquidando las cuentas internacionales.

Allí compró besos más caros que los había pagado en toda su vida; pero, ¿qué le importaba el dinero, teniendo que presentarse horas después en el frente?

He aquí que él en Bar le Duc y Quirt en la posada de la aldea sacaron el mejor partido posible de la situación, haciendo caso omiso de la horrible perspectiva que les ofrecía la guerra.

No estaba tan tranquilo el niño de la mamá. El infeliz, de resultados del chaparrón que le cayó encima, sufrió un enfriamiento y tuvo que trasladarse a la misma habitación de Quirt, donde la genial y la ca-



*Charmaine rezando donde estaba enterrado el Niño
de la Mamá*

ritativa Charmaine le prodigó los cuidados que requería el caso.

El mozo tenía fiebre y deliraba nombrando sin cesar a su madre.

—¡Pobrecito!—le susurraba al oído la muchacha, arrimada al lecho—. *El niño de la mamá* está enfermo de pena.

—Sí... estoy muy enfermo.

—Vamos, tómese este cocimiento y ya verá que pronto se halla en disposición de salir a la calle.

—Dios quiera que sea mañana.

—Pues procure estarse quieto y a sudar.

Y la buena muchacha lo arropó con cuidado, saliendo después de la habitación.





CAPÍTULO OCTAVO

El capitán Fiag, cargado de vino y animado con sus vapores, salió del cafetín, encontrando a la puerta a su ordenanza, tan cargado como él.

Ya no pensaba más que en volver a la posada, donde se había dejado a Charmaine, y como se había pasado fuera más tiempo del que creía, se encaró con el ordenanza, diciéndole, mientras se acomodaba en el cesto de la motocicleta:

—Tienes treinta leguas por delante y dos horas para andarlas. Calcula tú mismo, y echa por los atajos.

—Mi capitán... llegaremos pronto, aunque tengamos que entrar en la posada por el tejado.

—Pues arrea, que es tarde.

La moto salió disparada como un proyectil, atropellando cuanto se le ponía por delante.

—¡Aprieta, hombre, aprieta!— le gritaba continuamente Flag al muchacho, sin fijarse en el peligro de aquella vertiginosa carrera.

Unas veces parecía que se iban a estrellar contra un árbol; otras resvalaban en la cuneta de la carretera y volvían a subir dando tremendos saltos.

El capitán estuvo varias veces a punto de salir del cesto; pero sus fuerzas hercúleas lo sostenían agarrado al cochecito.

De pronto pasaron junto a un grupo de soldados franceses, que cerca de la aldea tenían un cuerpo de guardia; y allí ya fué el acabose.

La moto saltó dando una vuelta de campana y sus ocupantes fueron por el aire como dos muñecos.

Pero ni el chófer ni el capitán demostraron las consecuencias de la caída; sobre todo el primero se levantó de un salto y al ver a los soldados que se les acercaban, gritó con la mayor alegría:

—¡Viva la France!

—Viva— corearon los franceses.

El capitán volvió a ocupar su sitio en el cesto y le ordenó al chófer.

—¡Adelante, muchacho! Decididamente, hay un Santo que protege a los borrachos.



Ya les faltaba poco para llegar a la aldea.

Los soldados esperaban tranquilos el momento de entrar en fuego; y el teniente Moore continuaba trasladando sus impresiones a su libreta de memorias.

Ahora escribía:

"Unos días de descanso. Los reclutas están encantados, porque ignoran lo que les reserva el porvenir. Una idea fija me atormenta. ¿Logrará al fin tanta sangre redimir el mundo?"

—Teniente—le gritó un soldado—. Tenga cuidado que ahí viene el capitán en la moto derribando lo que se le pone por delante.

Flag, saltó con pasmosa agilidad del pequeño cesto.

—¡Bravo, teniente Moore—le dijo al oficial—. Acabo de tomar parte en la escaramuza mejor de mi vida.

—¿Dónde?

—En un café de Bar le Due... pero allí la sangre era vino, y las balas, unas mujeres la mar de mortales. Nada, que me he divertido una barbaridad.

—Esas escaramuzas no entran en mi libreta.

—Pues son las notas más agradables de la campaña.

—*Esto y lo otro.* ¡Así es la vida! Muchacho, tráete unos cuantos cojines y una botella y di a Char-moine, que su *angelito* está aquí.

—Desde luego, capitán. En fin, el asunto sería que siempre fuera esto.

—¿Qué tal la expedición?—le preguntó el sargento, apareciendo en la escalera.

—Maravillosa. Me hice el amo de Bar le Jure sin disparar un tiro. ¿Pero dónde diablos está esa chica?

—Mi capitán—dijo un soldado—. Un paisano pone el grito en el cielo ahí fuera diciendo que han abusado de su hija.

Flag se levantó de su asiento y dirigiéndose a Quirt, exclamó echo una furia:

—¡Cien veces he repetido a estos brutos que dejen en paz a las muñecas! ¡Ea, vamos a ver que es eso!

Flag, se quedó sin saber lo que le pasaba al encontrarse con que el padre que se quejaba era nada menos que el de Charmaine, es decir, su padre adoptivo.

Poco a poco se fué serenando y acabó por preguntar la causa de aquel escándalo.

—Capitán—dijo el viejo queriendo hacerse entender a grito pelado—. Los soldados americanos, son fuertes, son bravos; pero también engañan a las

mujeres y eso usted lo sabe mejor que nadie. Mi Charmaine...

—¡Basta! ¡Demonio de hombre, chilla como un sapo! Mira Quirt, mira el modo de hacerle callar.

El sargento habló algunas palabras con el viejo y volvió a acercarse al capitán.

—Dice que el culpable tiene que casarse con Charmaine y darle a él quinientos francos de indemnización.

—Pues dile que le daré treccientos francos, pero que en cuanto al casamiento que no cuente conmigo.

—¡No hay casamiento, amigo!—le dijo el sargento al posadero.

—Entonces iré al cuartel general a presentar la acusación oficialmente.

—¡Aquí te quiero ver, escopeta!—le dijo Quirt al capitán, riendo a carcajadas.

—¡Decida pronto, capitán Flag, decida pronto!—siguió el posadero.

—Bien, hombre, pero a todo esto aún no ha dicho quién es el culpable—manifestó el capitán.

El viejo señaló con un dedo al propio Quirt, diciendo al mismo tiempo:

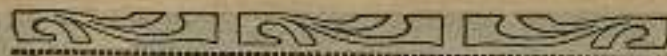
—Ese.

—¿Con que tú... tú otra vez enredándote en mis cosas? Perfectamente. Lo que es ahora te la has ganado por puños.

—Esto no puede ser de ningún modo.

—¿Y quién es en este momento el que está reven-
tado? ¡Vamos! ¿Por qué no te ríes ahora? Nada,
que vas a sudar la gota gorda.

[M]



CAPÍTULO NOVENO

Ya se habían reunido bastantes soldados atraídos por el escándalo que armaba Pete; y el capitán se apresuró a calmar al viejo diciendo como venganza a la vez.

—¡Habrá casorio! No se apure usted, buen hombre.

—Oye—le dijo Quirt acercándose al jefe—. No trates de hacerme una mala pasada con tu casamiento a boca de jarro. Ya sabes que no puedes manejar la compañía sin un sargento mayor.

—¿Que no? Pues verás con qué facilidad mandaré el pelotón para fusilarte después del Consejo de guerra.

—Fusírame antes del casamiento.



— *Por mí no quiero que lucheis.*

— ¡Qué! Y date prisa en firmar los papeles para que entreguen tus haberes a tu futura esposa.

No había terminado de hablar, cuando un soldado, lleno de lodo desde los pies a la cabeza, le presentó una segunda orden del Alto Mando, que el capitán leyó rápidamente.

Después, y cambiando por completo la expresión de su rostro, le dijo al sargento:

—Vamos a avanzar. Prepara la compañía.

Quirt fué a la posada con objeto de cambiar de ropa mientras el capitán seguía dando órdenes.

—Tú— le dijo a uno de sus ayudantes—vete al establo, sacúdele el polvo al alcalde y tráelo aquí. Nos llevamos a Quirt a las trincheras en calidad de recién casado.

La tropa se iba reuniendo ya en la calle, pero Flag se había empeñado en vengarse del sargento casándolo a la fuerza, y no quiso activar la marcha hasta que el asunto se hallara terminado.

No faltaba más que el alcalde y éste no tardó en presentarse en la posada ridículamente vestido y con el libro de ceremonias en las manos.

El padre adoptivo de Charmaine también estaba allí, muy animado y satisfecho con el negocio que acababa de hacer.

Hemos de confesar, haciendo honor a los nobles sentimientos del capitán, que hubo un momento en que vaciló, pensando largarse con la tropa, sin casar a Quirt; pero al ver cómo éste se presentaba luciendo en ambos brazos las ligas de seda que le regaló a Charmaine, volvió a su tema y con voz que dominó a todos los que allí hablaban, empezó a llamar a la hija del posadero, la cual no tardó en presentarse.

De momento no se dió cuenta de lo que pasaba allí, ni de las intenciones del posadero y el capitán. Así, viendo a Quirt apoyado en la mesa donde había recalcó de escribir, se acercó a él como quien desea una explicación.

El alcalde se encargó de darla, abriendo el libro y preguntando al sargento:

—¿Está usted conforme con recibir a Charmoine por esposa?

—¡Ya lo creo que la recibe!—interrumpió el capitán sin poderse contener.

Tampoco pudo dominar sus nervios la joven y dándole un manotazo al libro del alcalde, gritó espontánea y noblemente:

—¡Mi corazón es mío y no lo vendo!

—¡Pero, hija mía... reflexiona—intervino el viejo Petc.

—No tengo nada que reflexionar. Me ampara mi mayor edad; y sostengo aquí delante de todos que sólo me casaré cuando a mí me dé la real gana. Aquí no se trata de reclutas. Conque, señor alcalde, ya puede usted guardar esa chistera en el granero y no vuelva por aquí con el catecismo hasta que yo le llame.

Y de este modo terminó la ceremonia que Flag había improvisado.

* * *

A todo esto el sargento no se había movido del sitio que ocupaba, y volviéndose al rival se encogió

de hombros, diciendo con una guasita que crispaba los nervios:

—Siento no poder complacerte, capitán; pero yo me caso muy rara vez.

—Tú eres el hombre de la suerte.

—¡Qué! Ese hombre lo eres tú.

—¿Yo?

—¡Claro! ¿No has comprendido que Charmaine no ha querido casarse conmigo por que es a ti a quien quiere?...

—¡Basta, sargento!—gritó el capitán inyectándosele los ojos en sangre—. ¡Salgamos pronto de aquí!

Y dirigiéndose a la muchacha, exclamó decidido:

—¡Volveré, Charmoine!

—¡Y yo antes que él, te lo juro!

—¡Volved los dos!—contestó la muchacha—asomada a la destatada galería de la posada con objeto de despedir desde allí a sus amigos.

El niño de la mamá, cargado ya con todo lo que tenía que llevar a las trincheras, se acercó a Charmoine.

—Buena suerte, nenito—le dijo ella.

—Gracias... pero quería pedir a usted un favor.

—Estoy dispuesta a complacerle.

—Usted que ha sido tan buena conmigo, ¿me promete guardar las cartas que vengan de mi madre?

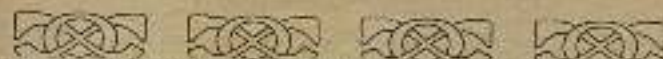
—Se lo prometo.

Siempre prometiendo cosas que no reportan beneficio alguno — dijo a su espada el interesado Pete — y a mí me has quitado un negocio de entre las manos. ¡Estoy desesperado!

— ¡Pues lárguese y tírese al río!

En este momento desfilaba la tropa por delante de la posada y Charmoine saludó a sus amigos llena de emoción. ¿Los volvería a ver?

[21]



CAPÍTULO DÉCIMO

Es terrible una noche en las trincheras. Rojos lumináres perforan las tinieblas. Ensordece el estampido de los cañones. Crispa los nervios el silbido de las balas. Horas y horas de incesante lluvia de acero... mana sangre...

Las oscuras sombras ni la inclemencia del tiempo fueron obstáculos suficientes para que el arrojado capitán Flag se pusiera al frente de sus hombres decidido a hacer una de las suyas.

— ¡Avancemos hasta aquel pueblo protegidos por nuestra artillería! — les dijo a unos cuantos que tenía a su lado.

Verdaderamente en el sitio que ocupaban no po-

dían seguir de ningún modo, pues no hubiera quedado ni uno con vida.

La metralla caía sobre ellos con tal furia que hasta el fogueado sargento Quirt, apretaba los puños de vez en cuando y lanzaba frases que expresaban claramente el estado de su ánimo.

No estaba lejos el pueblo. Los edificios medio destruidos se veían de un modo siniestro iluminados por el fuego que lanzaban los cañones.

—¡Sólo faltan unos cien metros, muchachos!— les volvió a decir el capitán—. No se detengan a menos que tropiecen con una bala. ¡Armen!

El momento fué espantoso. Acababan de tropezar con unas baterías enemigas.

¡Armen! — repitió el sargento, colocándose en dos saltos junto al jefe de la fuerza.

No hay pluma que pueda describir lo que pasó después; los hombres de una y otra parte caían a racimos, y rodaban por las laderas hasta sepultarse en los fondos tenebrosos de los barrancos... ya, ni los fogonazos de la artillería podían alumbrar el desastre porque una densa nube de humo lo envolvía todo.

Los árboles tronchados por los gruesos proyectiles caían con espantoso estruendo sobre los combatientes, haciendo tantas víctimas como las armas.

Pero así y todo, la voz del valeroso Flag, no dejaba de oírse unas veces para dar ánimos y otras para ordenar con arreglo a su especial táctica:

¡Adelante, muchachos!

—¡Adelante!— repitió el sargento.

Mas él no cumplió la orden. Sin lanzar un grito, cayó al suelo cuando ya estaban, los que habían quedado, en las primeras casas del pueblo.

Los infelices, guiados por el capitán, pudieron ganar la plaza del pueblo; mas allí el peligro era todavía mayor por la amenaza de morir aplastados bajo los muros de las casas.

—¡Por aquí, muchachos, por aquí!— les gritó un individuo de la Cruz Roja, llevándolos hasta la entrada del hospital de sangre, que para seguridad de los heridos lo habían establecido en un subterráneo.



CAPÍTULO ONCE

Flag se colocó primero a la puerta de la escalera que conducía al fondo.

—¿Está usted herido?—le preguntó un empleado del improvisado hospital.

—No. Yo me encuentro bien. Que pasen primero esos hombres, que ya no pueden sostenerse en pie.

Todos fueron entrando y poco a poco se fueron acomodando para ser atendidos según requería su estado.

Eran espantosas aquellas escenas de dolor, cuando ya no estaban dominados por la fiebre de la guerra.

Entonces mandaba la cruel realidad y se imponía con impetuosa saña, y todavía era más desastroso el

efecto de aquel cuadro, teniendo como fondo los húmedos y negruzcos muros de un subterráneo.

Un hospital de sangre bajo tierra... la tierra a que han de volver tantos, antes de que cesen los falaces cañones de gloria.

El capitán miraba a un lado y a otro, pasando revista a los hombres que le habían quedado.

De pronto se volvió hacia la entrada del subterráneo, por haber oído las lamentaciones del último herido.

Y apoyado en la pared para no caer al suelo, vió al pobre pintor, al barbilampiño a quien motejaban *el niño de la mamá*.

—¡Capitán, capitán Flag!—suspiró el pobre mozo casi sin voz.

—¡Vamos, criatura... pasa adelante, que aquí tienes buenos compañeros!—habló el jefe enternecido.

—No puedo... es imposible... apenas si me quedan fuerzas...

Y el desdichado cayó en los brazos del capitán como una miserable piltrafa.

Flag lo tomó como si se tratara de un niño, dejándolo suavemente sobre un camastro. Momentos después abrió los ojos desmesuradamente, se estremeció y el último suspiro salió de sus labios llevando en él un ¡Madre mía!... que agotó su vida.

Muy acostumbrado estaba Flag a estas dolorosas



El último encuentro.

escenas, pero en la ocasión presente no pudo dominarse y de sus ojos brotaron dos lagrimones que resbalando sobre sus curtidas mejillas fueron a caer sobre la frente del cadáver.

Fué un instante de intensa tragedia, un instante que el bravo soldado no olvidaría jamás... Después cubrió con una manta el cuerpo del mozo, y se acercó al teniente Moore, el cual se presentó en el subterráneo dando destempladas voces, enloquecido por las espantosas escenas que acababa de presenciar.

—¡Mis hombres!—decía— ¡Mis hombres como perros apaleados!... Están lividos, saturados del hedor de la muerte... y toda la noche no ceso de oír los alaridos de un desgraciado que se quedó colgado de un árbol. Se habla de honor y de valor y mi hombre se desangra hasta morir, clavado en un árbol ante nuestros propios ojos.

—¡Moore, amigo mio!—le dijo el capitán, tratando de calmar su excitación—. Vuelve en tí, ya todo ha terminado.

Mas el oficial continuó sin atenderle:

—Flag, voy a sacar a mis muchachos del cieno y de la sangre.

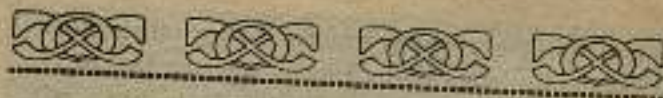
—¡Basta! ¡Tú no harás eso!

—¡Es que si te interpones, te mato!

Y echando mano al revólver fué a disparar contra el capitán, al mismo tiempo que varios soldados caían

sobre él, impidiéndole cometer la bárbara acción que su locura le indicaba.

Por orden del mismo capitán fué sometido a un riguroso tratamiento, administrándole algunas inyecciones para calmar la tremenda excitación.



CAPÍTULO DOCE

La posesión de un pequeño poblado, cuyas casas estaban todas destruidas, no sólo había costado infinidad de vidas, sino que los supervivientes de la catástrofe tuvieron que pasar después por entre las cortinas de gases asfixiantes para llegar a la aldea de Charmaine.

Ya se disponían para formar, cuando un comandante procedente de alto mando y al frente de varios camiones para conducir heridos, se acercó al capitán Flag, el cual expresó su entusiasmo con sentidas frases para los suyos.

—Me mandaron chiquillos—dijo con noble orgullo—para que los bautizara a sangre y fuego, y todos

se han portado como veteranos. Estoy satisfecho de mi compañía, como debe estarlo nuestra tierra.

—¡Bravo, capitán Flag; muy bien!— le dijo el jefe.

Dicho esto se fijó en un grupo de heridos que se dirigían a un camión de la cruz roja, y entre ellos advirtió la presencia del sargento Quirt.

—¿También a ti te ha tocado un chinazo?— le preguntó Flag con interés.

—No creo que sea gran cosa.

—¡Es lástima si te tienen que cortar la pata!

—Me compraré una nueva y en paz.

—Bien, hombre, bien. Ahora vuelvo al lado de Charmaine. ¿No quieres que te dé algún recadito de tu parte?

—No necesito correos tan encoquetados.

—Apuesto a que te has dejado herir, para conseguir una licencia.

—No soy tan animal como tú piensas. En fin, adiós, que se me va el coche.

Quirt subió al único camión que quedaba en la carretera.

—Oye— le dijo al capitán—, aquí se envían los cadáveres para enterrarlos en la aldea. ¡Ten cuidado no te confundan con ellos!

—Va procuraré dar señales de vida.

El camión partió al fin hacia el hospital, que estaba situado a la entrada de la aldea.



— Ella decidirá para quien ha de ser.

La joven de la posada no pudo esperar con tranquilidad a que le llevaran noticias, y oyendo el ruido de los motores salió al camino, abordando al primer soldado que llegaba.

En seguida le reconoció como de la compañía del capitán Flag y le preguntó con precipitación:

—¿Qué ha sido de mi sargento?

—Tu sargento va herido en uno de esos carros.

—¡Dios mío!

—Pero me figuro que no está grave.

—¿Y el capitán Flag?

—Tan templado como siempre, y más sano que una manzana. Las balas se apartan de él como si le tuvieran miedo.

—¿Y el niño mimado? Tengo una carta de su madre para él.

—El pobre muchacho ha muerto.

Charmaine suspiró con verdadera pena y entrando en la posada se encerró en su cuarto sin hacer caso de las órdenes que le daba Pete para que preparara las habitaciones.

Tenia un sagrado deber que cumplir y no esperó al día siguiente, sino que al declinar la tarde se presentó en el Campo de Gloria, o sea en el terreno donde habían sepultado a los que sucumbieron defendiendo a la patria.

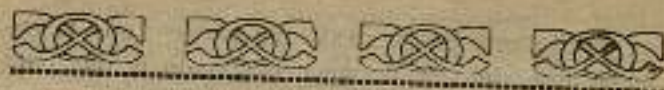
Charmaine fué recorriendo las tumbas que habían improvisado con los fusiles de las víctimas, de cuyas armas pendía una chapa de identidad.

No le costó poco trabajo dar con el nombre del niño mimado y sobre la fosa cayó de rodillas musitando una plegaria. Después sacó del pecho la carta

que le mandara la pobre madre, y uscarbando la tierra con las manos enterró la tierna misiva diciendo a la vez:

—He cumplido lo que te prometí, pobre niño...
Quédese para siempre contigo el último recuerdo de tu infeliz madre.





CAPÍTULO TRECE

El sargento Quirt fué conducido a una de las salas del hospital, y colocándolo en la cama que ya le tenían destinada, le hicieron esperar a que llegara el médico, el cual tenía que practicarle la primera cura.

Pero el muchacho se desesperaba y se quejaba tan amargamente, que se le tuvo que acercar una enfermera.

—¿Tan mal se encuentra usted?—le preguntó la joven—. ¿Quiere algún calmante, mientras vienen a socorrerle?

—No hay calmante para mí.

—¿Cómo?

—¡Es el corazón el que sufre... es el corazón!

Y dijo esto de un modo tan cómico, que la enfermera se alejó de la cama, ocultando la risa para no llamar la atención de los demás heridos.

No llegaba el médico, y como el tiempo pasaba con pasmosa velocidad para el impaciente sargento, esperó la primera oportunidad que se le presentó, y sin hacer caso de la herida saltó por la ventana, y andando a saltos como las grullas llegó a la casa de la mujer que amaba.

—¡Charmaine!—gritó empujando la puerta del cuarto de la joven.

—¡Quirt, sargento de mi alma!—gritó a su vez la joven, arrojándose en los brazos de su amante.

No hablaban, pero se besaban con locura, con pasión sin freno y se estrechaban en un abrazo largo y amantísimo.

—¡Ea!—dijo al fin Charmaine—. Estás herido y es preciso cuidarte bien. ¿Qué te ha dicho el médico?

—Nada, porque no me ha visto.

—Pues una razón más para que subas y te acuestes, yo veré después lo que hay que hacer.

—Poca cosa—habló el sargento empezando a subir la estrecha escalera—. A mí las heridas se me cicatrizan solas.

—Mejor que mejor. ¡Ea! Sube mientras yo te preparo algo para que refuerces el estómago.

—Y que me duela más que la pierna.

La muchacha se puso arreglar la mesa, y cuando ya había colocado en ella algunos sabrosos platos, hizo su entrada triunfal el famoso capitán rival de Quirt.

Charmaine se le quedó mirando sin inmutarse; pero no corrió a arrojarle en sus brazos como hizo con el otro.

—¡Ah, pícaruela!—dijo el jefe—. Bien sabías que tu angelito estaba para llegar.

—Sí, sabía que llegaba la compañía y...

—¡A la orden, capitán!—interrumpió Quirt, desde la escalera.

—Nada, está visto que eres mi sombra... mi mala sombra.

—Buena o mala, aquí estoy.

—¿De modo que te has escapado del hospital para llegar antes que yo?

—Claro; ya sabes que te gano en todo; en pensar, en hablar, y en hacer el amor.

—En una cosa me parece que te gano. En apetito.

Y agarrando con ansia un trozo de carne, se puso a comer a dos carrillos, imitándole Quirt, que seguramente tenía tanta hambre como él.

Varios días de lucha constante, con escasas provisiones y sin tiempo para comer, había puesto a estos dos hombres en un estado tan especial, que se insultaban, comían y hacían el amor a Charmaine al mismo tiempo.

Pero esto, que parece grotesco y ridículo, resultaba de una realidad tan trágica, que la misma muchacha, tan despreocupada otras veces, llegó a sentir miedo y no supo a quién de los dos acudir para no hacer tan tirante la situación.

Ya no era la muchacha genial y coquetuela, que se divertía haciendo rabiar a dos hombres; era la mujer que ve, al fin, las consecuencias de su ligera conducta y tiembla esperando el fatal resultado.

—¿Pero todavía no te has enterado de que yo tengo en esta casa más grados que tú? —le dijo ya cansado el sargento a Flag.

Que lo diga ella eso de los grados.

—Ella no dirá nada, porque tiene miedo. ¿No te has fijado en la cara que tiene desde que te ha visto?

—¿Y no será todo eso por tí?

—Mira, si tienes redaños, sal y vamos a disputárnosla a cincuenta pasos.

—Pero ¿te figuras que soy tonto? ¿Bañme a revólver contigo? ¿con el mejor tirador de la Infantería de Marina?

¡Por lo que más quieran no riñan, Ustedes se quieren mucho y no deben hacerse daño.

—Tú no te metas en los asuntos de los hombres —le dijo el capitán.

—Justo. A tú salud, Flag —habló Quirt vaciando un vaso de vino de un sólo trago.

—Y ojalá que sea pésima.

—Pero ¡hombre!... ¿por qué no haces una obra de caridad y te levantas la tapa de los sesos?

—No serviría de nada. Ahí estás tú, que has podido vivir sin sesos más años que una tortuga.

Y las palabras de los rivales habrían hecho reír al no ver la expresión de sus caras y la tensión de sus músculos.

A todo esto continuaban bebiendo y devorando los manjares que Charmaine había dispuesto.

Chiquilla —gritó el capitán como si quisiera violentar más la situación—, ven aquí que vamos a beber juntos.

La pobre moza, dominada completamente, cedió al impulso de Flag y se sentó sobre sus rodillas. El capitán la agarró por la cintura.

—¡Quieto ese brazo de ahí... deja a Charmaine tranquila!...

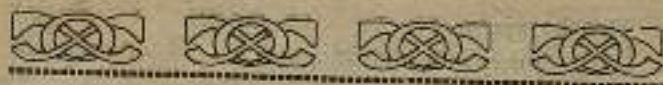
—¡Sí no te gusta, ven y quitála tú!

Quirt fué a saltar por encima de la mesa para llegar más pronto; pero esta actitud obligó al capitán a soltar a la muchacha para defenderse, y ella escapó, refugiándose en la escalera.

—Me estás asustando a esta criatura y eso no lo aguanto más ¡ca! —gritó el sargento conteniéndose a duras penas.

Los dos soldados se contemplaron con fiereza y acabaron por sentarse de nuevo a la mesa.

En sus cerebros se revolvían mil ideas; pero todas sobre el mismo tema. Terminar pronto y honrosamente aquel negocio de faldas.



CAPÍTULO CATORCE

Nada quedaba ya en los platos. Los estómagos estaban bien repletos y las cabezas cargadas de vapores.

El desenlace se echaba encima a pasos de gigante.

—Hasta aquí ha llegado la comedia, Flag.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Que aquí sobra uno.

—Pues ya te estás largando.

—¡Tú eres el que se larga... pero ahora mismo!

Flag se arrellanó en su silla y puso el revólver sobre la mesa.

El sargento soltó una carcajada y metiéndose la mano en el pecho sacó otra de sus armas favoritas.

Una baraja.

—Ha tenido una idea magnífica—dijo con sinistral calma.

—Venga esa idea.

—Te juego a Charmaine a las cartas.

Aquí el capitán, por más que estaba más nervioso que nunca, reflexionó un rato, diciendo al fin:

—¡Sea!

—El que gane se la lleva; el que pierda se va a paseo.

Sabía muy bien Flag, que jugando con el sargento llevaba todas las de perder, pero también se había formado su plan y quiso seguirlo hasta el fin.

—Aquí ya no hacen falta las armas—dijo Quirt—. Ya puedes retirar eso.

—No—manifestó el capitán—. El revólver será también del que gane, pudiendo disparar sobre el que pierda cuando éste haya salido de la habitación.

El sargento se encogió de hombros y empezó a barajar los naipes como si fuera a jugarse unas miserables monedas.

—No haya trampas, porque le agüerco el cráneo.

—Es la primera vez que pienso jugar limpio.

Charmaine se fué acercando a la mesa temblando como una azogada.

¿Qué haría la infeliz para contener la furia de aquellos hombres.

Ya no había remedio y sólo una casualidad podía salvarles.



¿Volverá Quirt a los brazos de su amada?

Varias veces estuvo tentada de asomarse a la puerta y gritar pidiendo auxilio; pero después reflexionó que podría empeorar el asunto.

—Juego—habló Quirt disponiéndose a tirar una carta.

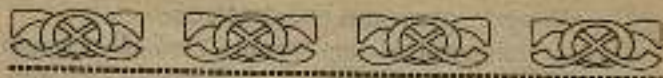
Pero sin saber cómo rodó el quinqué por el suelo y la habitación se quedó sumida en las tinieblas.

El sargento salió fuera seguido del capitán y acto seguido sonó un tiro de revólver.

Flag entró solo en el cuarto, después que Charmaine hubo encendido de nuevo el quinqué.

La pobre muchacha ahogó un grito, que se le escapó del alma, adivinando el trágico fin de su amante; mas el capitán se apresuró a calmar su aflicción.

—Ese cojo de los diablos ha podido escapar sin que le alcance con una bala—dijo con visible mal humor.



CAPÍTULO QUINCE

Más tranquila Charmaine, sabiendo que aun vivía Quirt, fué arreglando los muebles que habían rodado por el suelo, dejando que Flag, desahogara su cólera dando patadas en el suelo. Así se fueron calmando sus nervios y acabó por dirigirse a la muchacha.

La única vez en mi vida, que siento no haber tenido buena puntería.

—No lo sienta usted, capitán—dijo la joven respuesta por completo del susto y recobrando su peculiar entereza.

—¿Y por qué no he de sentirlo?

—Porque el sargento es el único dueño de mi amor.

—¿Y me lo dices con ese descaro?

—La franqueza es una virtud. Vivo el sargento será para mí; y muerto me consolaré con su recuerdo, porque ha sido el único hombre a quien he amado de veras.

—Bueno! ¿Eso quiere decir que estoy descartado?

Charmaine no contestó.

—¿Y por qué no lo has dicho antes?—volvió a decir el capitán.

—¿Pero quién se atrevía a interponerse entre dos barbarotes así?

—Demonio de mujer! Nada, que he perdido el juego, como siempre.

—Pero puede tener el consuelo de que mi sargento no le volverá a estorbar más; ya tiene bastante coamigo.

—A tú sargento, le tengo yo que ajustar unas cuentas. Todo menos jugar con un jefe como yo.

—Vamos, que no será tanto...

—Hemos terminado este asunto; yo soy así. Ahora podré echarme a dormir y no me despiertes durante una semana.

—Muy bien pensado.

—Durmiendo me olvidaré de la guerra y de las mujeres.

Uno de sus hombres detuvo al capitán cuando éste se disponía a subir la escalera.

—Tenemos orden de volver a la línea de fuego inmediatamente—le dijo al jefe.

—Pues al fuego. A mí me han concedido licencia y voy a disfrutarla.

—¿De modo que se queda usted?

—Me quedo. Di que no pudiste encontrarme. ¿Que vayan ellos si quieren.

El soldado saludó y salió presuroso de la posada para unirse con sus compañeros.

Flag subió dos escalones, dos solamente, el toque de corneta tocando a llamada le estremeció violentamente y sin él mismo darse cuenta volvió a descender.

En su interior se libró una lucha fuerte, como su energía y de esta lucha resultó vencedora su nobleza.

—No puedo quedarme... no puedo.

—¿Otra vez a la guerra?

—Sí, Charmaine; esta guerra y esta gloria son como una especie de religión.

—Así me gusta oírle.

—Suenan el clarín y acudimos. Violamos nuestros juramentos, menos uno. Ese toque, por milagro, siempre encuentra fiel a todo soldado de la Infantería de Marina.



Y el deber, el patriotismo unió de veras a aquellos dos rivales.

—¡Capitán Flag!—exclamó Charmaine entusiasmada—. Le saludo, en nombre de Francia.

Después un adiós, una despedida como entre enamorados, y el capitán corrió hacia la calle, al mismo tiempo que el sargento aparecía en la habitación.

—Se marchan de nuevo a las trincheras—le dijo la joven a Quiri.

—No digas que se marchan, di que me marchó yo también.

—¿Tú?

—Sí, alma mía, La herida se me pondría peor con la ociosidad.

—¡Pero!...

—Adiós, Charmaine; en medio de tantas cosas nauseabundas, he encontrado algo porque regresar... y sospecho que es el amor.

—Sí, querido Quiri, volverás... volverás, porque mis brazos te esperan.

Ya marchaban los soldados llevando al frente al valeroso capitán, cuando sonó a lo lejos la voz de Quiri.

—¡Eh, Flag!

El capitán se volvió rápido reconociendo la voz.

—¿No esperas a tu sargento?

—Ven aquí, muchacho; ven aquí, y que mi brazo sirva de apoyo al primer valiente de nuestra tierra.

Y ayudando al sargento para que no se quedara atrás, continuaron abrazados hasta que Charmaine los perdió de vista.

—¿Regresarán esta vez?—pensó la joven—. ¡Oh, sí... son tan fuertes..., tan jóvenes para morir!..

FIN



Biblioteca Corazón

Interesantes novelas de amor y emoción.
Preciosa portada en tricromía e ilustraciones
interiores. ¡Interesa! ¡Apasiona! ¡Intriga!

- 1 *Vivir para amar*, por Joachim Renez.
- 2 *Por allí pasó el amor*, por P. de Clement.
- 3 *La hija comprada*, por Gérard Dartis.
- 4 *Por el amor de Maud*, por René-Jean Tracy.
- 5 *Flor de Boulevard*, por Joachim Renez.
- 6 *Bajo el sol de Costa Azul*, por Marcela R. Noll.
- 7 *Lucha de amor*, por P. de Clement.
- 8 *El enigma de una voz lejana*, por Marcela R. Noll.
- 9 *El secreto de Villafeliz*, por René-Jean Tracy.
- 10 *En el umbral de la dicha*, por M. R. Noll.
- 11 *Perdón de amor*, por Guy Vander.
- 12 *Ocaso de amor*, por P. de Clement.
- 13 *La vuelta al nido*, por P. de Clement.
- 14 *La mala pasión*, por Joachim Renez.
- 15 *La dulce prometida*, por Roberto Navailles.
- 16 *Un ilusión y un amor*, por Marcela R. Noll.
- 17 *El amor que vuelve*, por G. Vincennes.
- 18 *Ángel de maldad*, por Marcela R. Noll.
- 19 *El misterio de la amazona*, por G. de Resse.
- 20 *Cuando el alma despierta*, por Roberto Navailles.

Precio de cada tomo: 30 céntimos.

Biblioteca Corazón

BATURRADAS

Hermosa colección de cuentos,
chistes, ocurrencias, cantos, etc

Por

Juan del Ebro

/

Se han publicado los tomos siguientes:

- 1 CHISTES BATURROS
- 2 CARTICAS BATURRAS
- 3 UN BATURRO ENAMORADO
- 4 LAS BODAS DEL MAÑO
- 5 OCURENCIAS BATURRAS
- 6 GRESCA BATURRA

Bonitas cubiertas en tricomía

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

BATURRADAS

Requiere conocimiento de la lengua
española y castellana, como en

Juan del Ebro

Se dice en la lengua castellana y española

1. HAY EN LA LENGUA

2. CASTELLANA Y ESPAÑOLA

3. EN LA LENGUA CASTELLANA

4. EN LA LENGUA ESPAÑOLA

5. EN LA LENGUA CASTELLANA

6. EN LA LENGUA ESPAÑOLA

Requiere conocimiento de la lengua

PRECIO DE CADA TOMO

ORATORIA EN VERSO

PARA BANQUETES
BODAS Y BAUTIZOS

DEDICATORIAS, ENHORABUENAS
BRINDIS, INVITACIONES, ETC., ETC.

por

DIEGO DE MARCILLA



PRECIO DE CADA TOMO
UNA PESETA

ORATORIA
IN VERSO

PER GIOVANNI BATTISTA
MONTI

ROMA, PRESSO LA
LIBRERIA DI S. ANTONIO

DI GIOVANNI BATTISTA

UN ABBATE
DELLA CARA-TORO

Biblioteca Encanto

TOMOS PUBLICADOS:

- 1 YO SOY COMO LA MANZANA
por CLOVIS EIMERIC
- 2 AMOR QUE NO MUERE
Traducción por RICARDO PRIETO
- 3 ¿DÓNDE HALLAR UN NOVIO?
por CLOVIS EIMERIC
- 4 LA VENGANZA DEL AMOR
por ANTONIO GUARDICLA
- 5 EL HERÓICO DON JUAN
por CLOVIS EIMERIC
- 6 CORAZÓN DORMIDO
por RICARDO PRIETO
- 7 ZAPATO QUE YO ME QUITO...
por CLOVIS EIMERIC
- 8 AGUA MANSA
por RICARDO PRIETO
- 9 LA NOVIA DEL ASESINO
por CLOVIS EIMERIC
- 10 CORAZONES UNIDOS
por D. DÍO. SIM

PRECIO: 60 CÉNTIMOS